



Jordi Fulla

Por si no lo sabían, el mundo de los artistas vivos está tejido de miradas de reojo: algunas benévolas, otras malévolas, algunas desdénas, otras admirativas, muchas envidiosas, otras, simplemente, respetuosas. Durante muchos años he mirado de reojo la obra de Jordi Fulla, compañero de galería y vecino de taller, con creciente respeto pero siempre con distancia, como si el virtuosismo de sus *trompe l'esprit* me impidiera cruzar un umbral invisible.

De umbrales trata, precisamente, su última exposición, que puede verse hasta el 17 de mayo en el Tinglado N2 del puerto de Tarragona gracias al patrocinio de la Fundació Vila Casas –con el RACC, una de las pocas instituciones que funcionan por aquí–. Una serie de dibujos de las clásicas y ubicuas cabañas de piedra que payeses y pastores construyeron durante siglos en los márgenes de campos y pastos, para refugiarse y para despejar de piedras el terreno. A distancia, las imágenes parecen fotografías detalladas, como las que un antropólogo haría para documentar un trabajo, pero al aproximarse se cruza un umbral invisible a partir del cual se ve que son dibujos, y que los elementos básicos de cada dibujo son caracteres de una caligrafía secreta, que no imitan el sombreado de lo que representan sino que son tan autónomos como las letras de un alfabeto respecto a los objetos que las palabras designan.

Por este umbral se entra a un espacio en el que lo representado no son las piedras ni las cabañas, que son una ilusión, sino el largo trabajo, la paciencia de siglos que las han construido. No es una metáfora, es la pura verdad. Vayan ustedes a ver esta muestra y tendrán esa sensación de cruzar un umbral. Ese umbral está en su cabeza, y antes aún de encontrar las palabras para explicarlo (a mí me ha llevado escribir esto) habrán entendido algo que otra persona les explica, sin palabras. Eso es arte. Fui a ver esta exposición con mis hijos Hugo y Samuel, de nueve y seis años, que como buenos hijos de artista son bastante impermeables al arte, y les aseguro que estuvieron cruzando ese umbral con deleite. Luego, naturalmente, hubo que recompensarles con un aperitivo, pero eso, en el Serrallo tarraconense, no es difícil. Vayan.



PERICO PASTOR

